

Panamá entre el imperio y los militares

Hay que parir la esperanza

Entrevista al P. Néstor Jaén

Nos ha visitado el P. Néstor Jaén, presidente de los jesuitas de Panamá. Sus amplias relaciones personales y familiares con diversos sectores de la sociedad panameña, sus nueve años de vida en un barrio popular como maestro de novicios y en trabajos pastorales, su pertenencia eclesial y participación en el Consejo Presbiteral de la Diócesis y en el gobierno de la Compañía, incluso su involucramiento como representante de la Iglesia en negociaciones políticas en algunos momentos críticos como el actual, hacen de él un testigo cualificado de la actualidad panameña.

Le pedimos que empiece por el núcleo del problema.

N.J.: Panamá se encuentra básicamente entre dos enemigos: el imperialismo norteamericano y el militarismo actual. La izquierda —en su gran mayoría, no en su totalidad— quiere echarle la culpa de todo a EE.UU. La derecha oligárquica —también en su mayoría, pues hay también una derecha gobiernista— le echa toda la culpa a los militares, y concretamente a Noriega.

La verdad está en una mezcla. La agresión norteamericana ha empeorado tremendamente la situación; pero ya ésta, bajo el mando militar, iba deteriorándose aceleradamente. Panamá, aun sin la agresión, ya iba a la bancarrota. A pesar de algunos indicadores económicos más o menos aceptables, el deterioro social era ya muy grave.

...Y TAN CERCA DE EE.UU.

SIC.: *Lázaro Cárdenas, hace cincuenta años, se lamentaba: "Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de EE.UU."...*

N.J.: No sé si estamos más cerca o más lejos de Dios que México; pero, de alguna manera, sí estamos más cerca de EE.UU. que México.

Es cierto que en el siglo pasado nuestros bisabuelos sentían la necesidad de



independizarse de Colombia. Pero también es cierto que de hecho nuestra independencia fue en parte un "proyecto de dependencia" de EE.UU.

Panamá tuvo que pagar la colaboración norteamericana con la entrega del Canal y reconociendo a EE.UU. el derecho de intervenir en el país cada vez que considerara amenazado el Canal. Así Norteamérica se aseguraba un lugar estratégico-militar y económico de vital importancia.

Por otra parte, esos tratados de 1903 —llamados popularmente "Panamá cede"— porque cada párrafo indica que Panamá entrega algo— fueron de una mezquindad difícil de comprender: durante más de 50 años Panamá estuvo recibiendo sólo 250.000 dólares al año por el Canal y su Zona, es decir, 4 centavos de dólar por acre al año. Y ni siquiera recibía un centavo por el agua que se le servía desde ríos panameños.

DE LAS PLACAS DE LOS CARROS AL CANAL

Lógicamente el sentimiento de la gente más nacionalista no podía pretender sino pequeños logros graduales. Torrijos llamaba al trabajo de estos luchadores "alpinismo generacional". Así se fue logrando, por ejemplo, que bastara la placa panameña para los carros (al principio era necesaria también la placa norteamericana que, por supuesto, había que pagar); que los norteamericanos renunciaran a intervenir en cualquier

lugar del país; que la contribución pasara de 250.000 a 600.000 dólares, y después a 2.000.000; que se izara la bandera panameña juntamente con la norteamericana en los edificios públicos de la Zona; etc. Por supuesto, estos logros costaron muchas vidas panameñas.

Torrijos, tal vez para legitimar su golpe contra el popular Arnulfo Arias, radicalizó sus exigencias. Tomó como bandera, a nivel internacional, la recuperación de la soberanía de la Zona, y, a nivel interno, ofreció la satisfacción de ciertas reivindicaciones populares. Y logró una cierta unidad nacional y un cierto liderazgo internacional.

Con los tratados Torrijos-Carter se consiguió la soberanía en todo el territorio nacional y la recuperación del Canal para el año 2000. Pero se concedía de hecho a EE.UU. el control militar del Canal y, lo que es peor, su derecho a intervenir en cualquier sitio del país si consideraba en peligro el Canal.

Por otra parte, Torrijos puso en marcha una serie de medidas populares hacia dentro: nacionalización de La Fuerza y Luz, la publicación del Código del Trabajo favorable a los trabajadores, la creación del Poder Popular (que se convirtió a su vez en instrumento de poder y de control), etc. A pesar de sus ambigüedades, Torrijos consiguió un gran apoyo popular. La evaluación del tratado Torrijos-Carter y del mismo torrijismo todavía es difícil. Dependerá en gran medida de lo que pase con el Canal.

ENTRE EL IMPERIO Y LOS MILITARES

SIC.: *¿Cómo explica la crisis actual?*

N.J.: Torrijos ya había sido acusado de estar involucrado en el narcotráfico. Pero eso no se pudo comprobar y, al parecer, ciertos intereses norteamericanos acallaron entonces esta denuncia. Ahora la administración Reagan centra sus ataques en esta misma acusación contra

Noriega. Parece que, por lo menos en la fase final del negocio de la droga (el lavado de dólares), la legislación y la concentración bancaria panameñas (más de 120 bancos) son de hecho favorables al narcotráfico. La oposición, por su parte, acusa a los militares de violación continua de los derechos humanos.

Noriega denuncia que son otras las razones verdaderas de la administración Reagan: primera, que EE.UU. quiere anular los tratados Torrijos-Carter y conservar las bases, que adquieren todavía una mayor importancia estratégica si prosperan las negociaciones para la reducción o eliminación de las armas nucleares; segunda, que EE.UU. quiere empobrecer, debilitar y desestabilizar a Panamá para entrar, después de arruinarnos, como salvadores que pueden ofrecer cualquier cantidad de dinero por las bases; y tercera, que Panamá es vital contra las luchas liberacionistas de Centroamérica, y aun de Suramérica, y que él cayó en desgracia de la administración Reagan por negarse a apoyar un ataque desde Panamá a Nicaragua.

Es muy posible que las razones de ambos lados sean verdaderas. En todo caso, bastantes de ellas se refieren a los intereses norteamericanos. Y las consecuencias las pagamos los panameños.

BANCARROTA ECONOMICA

SIC.: Las consecuencias ¿son muy graves?

N.J.: La agresión norteamericana ha golpeado a toda la población, especialmente a los pobres. Las agencias internacionales han destacado el problema de la iliquidez, que ha sido muy grave y que sigue afectando a todos, aunque ahora en menor cuantía.

Los expertos calculan que los daños de la economía andan por el orden de los 1.500 millones de dólares. La construcción prácticamente se ha paralizado. Aproximadamente 300 de las 600 empresas industriales están cerradas. La economía ha sufrido una caída del 50%, y la industria está trabajando al 40% de lo normal. El desempleo anda por los 200.000, que significan el 24% de la población económicamente activa y el 10% de la población total.

La recuperación económica va a tomar entre 2 y 5 años, y va a suponer una mayor intervención del capital transnacional y la implantación más drástica de las medidas del FMI y del Banco Mundial.

Por otra parte, esta crisis ha desvela-

do más la deformación de la economía panameña. Según un informe reciente del Departamento de Comercio de EE.UU., en Panamá se concentra el 81% de las inversiones directas estadounidenses en Centroamérica y Panamá. De estas inversiones, el 53% está en bancos, financieras, aseguradoras e inmobiliarias, y un 20% en Comercio.

También ha desvelado que el mismo poder de agresión de EE.UU. ha sido otorgado, con consentimiento y complicidad, por los mismos militares desde los años 70, con su política de endeudamiento para aumentar el gasto público, considerado necesario por Torrijos para ampliar su base social.

¿NUEVA CONFORMACION POLITICA?

La crisis ha desvelado la insensibilidad social de los empresarios, del gobierno, de los militares y de los propios EE.UU. Los empresarios aprovechan la crisis para despedir a los trabajadores y reducir costos laborales; los comerciantes elevan los precios de los productos de primera necesidad; el gobierno se limita a advertir la ilegalidad de los despidos y de los aumentos de los precios; los militares sólo buscan consolidar su poder y reprimen al pueblo y a sus dirigentes que mantienen su independencia. Los EE.UU. han buscado el hambre del pueblo como principal arma contra Noriega.

La oligarquía ha ampliado su poder político al capitalizar la lucha anti-Noriega y dar espacio y canales de expresión a otras corrientes opositoras que no necesariamente comulgan con su proyecto político.

Noriega, a corto plazo, parece haberse afianzado. Dicen que el Pentágono tiene una concepción distinta a la de la Casa Blanca, y cuenta con Noriega. Hay quienes creen que esta experiencia de confrontación con el imperio, el apoyo de los gobiernos de Cuba, Nicaragua y Libia, y la solidaridad de organismos internacionales antiimperialistas van a llevar a Noriega a un proceso popular y revolucionario irreversible. No creo que esto sea viable: los militares estarían actuando con un proyecto prestado y difícilmente podrían recuperar la credibilidad perdida.

LA ESPERANZA HAY QUE PARIRLA

SIC.: Y ¿los grupos populares...?

N.J.: Es difícil hacer una evaluación de-

finitiva; pero tengo la impresión de que la mayoría de estos sectores han caído en la trampa de la mutua satanización Reagan-Noriega. Muchos han alimentado la esperanza de la radicalización por el conflicto. Y a los grupos populares independientes les ha faltado garra propia.

Es demasiado evidente la agresión, una vez más, del imperio. Pero el pueblo siente más, por más cercano y porque es más real, el peso de los militares. El pueblo rechaza el fraude electoral, el hecho de tener seis Presidentes en seis años, el crimen de Spadafora, la muerte oscura de Torrijos, la corrupción a todos los niveles, la invasión de los militares en el poder judicial y legislativo y en todas las instituciones, la violación de los derechos humanos, el desempleo, la carestía de la vida, etc., aunque no todos estos males sean culpa exclusiva de los militares. Se llegó incluso en no pocas personas a desear la agresión norteamericana con tal de sacar a Noriega. Creo, aunque no soy político, que una posición simultánea de resistencia nacional ante el imperio y de resistencia popular ante los militares hubiera robustecido más la causa del pueblo y la causa nacional.

SIC.: ¿Queda algún espacio para la esperanza?

N.J.: Es difícil. La coyuntura actual muestra la dificultad del diálogo y la negociación; pero esa misma dificultad muestra su necesidad. Creo que las características de la crisis (agresión del imperio, falta de democracia y quiebra económica) imponen tres direcciones en la negociación: primera, un consenso nacionalista; el nacionalismo ha sido la bandera de los militares, y nadie —y menos después de la agresión— debería negarse a ese reclamo; segunda, democracia hacia dentro, con expresión de todas las corrientes y participación en las decisiones; y tercera, un modelo económico de consenso y con la contribución de todos los sacrificios necesarios para la reconstrucción nacional.

Estas líneas de solución no son sólo unas exigencias éticas, sino condiciones de posibilidad de una solución. Un arreglo por arriba, por ejemplo, entre la oligarquía económica y los militares no sólo sería inmoral, sino conllevaría a una explosión social con costos tremendos.

En este marco, las organizaciones populares tienen una tarea importante, pero difícil. Sin atajos ilusorios y sin montarse en carros ajenos. La esperanza hay que parirla.